

DIA DEL ARBOL Y DEL NIDO

Por Vicente ELIZONDO

(14 años)



Nos reunimos en la Alameda de Gamón, los niños, profesores y autoridades que vamos a participar en la plantación de los árboles. Se calcula, por los datos que proporcionan los profesores y maestros de los colegios, que somos unos 3.000 niños; parecemos muchos más.

Suenan los altavoces y los niños se preparan para interpretar el «Himno al árbol», que será la señal de partida. El señor alcalde nos dirige unas palabras, hervimos de impaciencia por salir.

En mi calidad de «independiente» estoy fuera de la organización, ya que voy con un grupito de amigos del Club Deportivo Urdaburu. No tengo que enrolarme en ninguna de las enormes filas de niños que acuden con sus colegios.

Subido en el quiosco observo la plaza, parece que hierve un enorme caldero de cuentas multicolores, tal es el movimiento y colorido. Ya han comenzado a agruparse y salen de la Alameda enfilando en nutrido y alargado grupo hacia la cuesta de las Agustinas. Este es el comienzo de una de las más hermosas jornadas que he vivido.

Con mis amigos atajamos por la cuesta de la Estrata, recientemente reformada, pues queremos observar desde un punto estratégico la marcha de la columna. El señor

alcalde al frente, con atuendo montaño, auxiliado por un «municipal» con uniforme y zapatos reglamentarios. Le compadezco, por los zapatos y porque tiene que retener el ímpetu de la columna de niños que le sigue. Sentado en mi puesto de mira les veo pasar. Estoy emocionado, puede que sea porque me siento importante—¡voy a plantar un árbol—y puede también que me haya ganado la emoción del momento. Oí en la Alameda que hacía alrededor de 50 años que no se había celebrado un acto oficial de plantación de árboles por los niños, porque para mí esto es un acto oficial, ya que como en la fecha que citan también asisten las autoridades.

La enorme fila de niños continúa por la carretera; nosotros volvemos a atajar, apresuramos el paso y llegamos antes que ellos a «Ventas», como era nuestro propósito. Toman el camino vecinal y siguen hasta el Parque de Listorreta. Estamos en la primera quincena de mayo y todavía los árboles muestran sus ramas desnudas de hojas. Aun así como los veo ahora, sin hojas, con sus ramas de formas caprichosas alzadas al cielo, sus retorcidas raíces escapándose de la tierra, no puedo ver en ellos su utilidad material, no veo en ellos muebles ni solivos para tejados, veo seres que viven dormidos, que llenan mi alma de alegría, de paz. No me ha sido dado todavía ver nada más hermoso que un bosque. Me gusta pisar las hojas secas que cubren la tierra

y sentir como chasquean. Arrastrar los pies llevándolas delante de mí. Me gusta tumbarme bajo los árboles y mirar hacia arriba tratando de ver cuántas capas de ramas puedo contar. Ver en primavera cuando empiezan a asomar las hojas cuántas tonalidades de verde localizo, tratar de ver el azul por entre los huecos que quedan al moverlas el viento. Cerrar los ojos y abriéndolos de repente pillar el tono rosado que se quiere escapar al abrir completamente los párpados.



Hay una parada en el Parque; muchos niños se han sentido cansados o atraídos por las posibilidades que ven de pasar la jornada jugando. Somos unos 750 los que seguimos hasta el pago de Malbazar donde se va a efectuar la plantación de árboles y colocación de nidales. Ahora que entramos en la pista recientemente construida, sintiendo la proximidad del pago, crece mi emoción. Hablamos entre mis compañeros de plantar los que nos correspondan en equipo, así tendremos en común algo más que nuestra incipiente amistad. Hemos llegado, todo está bien organizado, los arbolitos en ordenados montones, los hoyos abiertos esperan en la tierra. Siento crecer mi emoción. Nos dan a cada uno un arbolito y nos dicen que lo coloquemos donde queramos; procuramos elegir una fila entera y entre los seis que formamos el grupo los vamos colocando. Siento que estoy

haciendo algo que recordaré siempre; tenemos árboles suficientes ya que son 2.000 los que se había previsto colocar y como decía antes sólo somos unos 760 los niños que hemos llegado. Claro que las autoridades también colaboran, con tanta o más ilusión que nosotros. Observo que por lo menos en esto de plantar árboles estamos muy cerca las dos generaciones.

Hemos terminado nuestra hilera; no resisto la tentación de tener un árbol exclusivamente mío y como todavía quedan algunos sin plantar, lo pido. Tiene la punta ahorquillada, y aunque ya no entra en la hilera que planté con mis amigos, lo conoceré fácilmente. No sé por qué lo planto con algo más de emoción. Me parece que en éste pongo algo más de mí. Dos hileras más arriba una niña planta el suyo, es rubia y me atrae el brillo que el sol pone en su pelo; he visto alguna vez algo parecido, cuando el sol ilumina las amarillas hojas de los árboles en el otoño. Pienso que las niñas tienen algunas cosas muy raras. Esta pone unas flores de San José junto a la raíz de su árbol; no la conozco y me gustaría preguntarle por qué lo hace, pero no me atrevo, es más pequeña que yo. Sigo pisando la tierra de mi árbol y me alegro que esté cerca del suyo, así podrá mirar él también las flores. La niña me mira, tiene los ojos azules. Sé que mi árbol irá asociado para siempre en mi recuerdo a una niña de pelo rubio y ojos azules. ¿Cómo seremos los árboles y nosotros cuando pase el tiempo?

Colocan los nidales, no participo, prefiero contemplar cómo ha quedado nuestra plantación hasta el momento de emprender el regreso. La parada principal y comida es en el Parque de Listorreta. Se ha incrementado la asistencia con muchos familiares de los niños. El tablado para la banda de música está colocado, y sus componentes suben en autobús. El ambiente es de bullicio y alegría, va haber juegos infantiles y todo está preparado. Comemos en grupitos sentados en el suelo. El consumo de bebidas refrescantes, a pesar de que sopla un fresco vientecito, es enorme. El sol que nos ha acompañado durante toda la jornada sigue dando colorido al paisaje. La gente menuda empieza a reclamar que comiencen los juegos infantiles; como por lo que se ve primero está programado que nos dé un concierto la banda municipal, se colocan en el tablado con su director, el maestro Ubiría, al frente, batuta en mano.

No sé por qué espero que suceda algo divertido y... sucede. Atraídas por la batuta las notas salen de los instrumentos. Ante la expectación de los asistentes se lanzan al aire al no encontrar sobre ellas el obstáculo de la cubierta del quiosco. Juguetonas se cuelgan de las ramas de los árboles en imposible pentagrama. Otras corren ladera abajo para encontrarse con el rumor de la *erreka* de «Cuevas», pasan alborotadas junto a las monjas de las «Agustinas» que han dejado su clausura y subyugadas por el azul del cielo y el verde de nuestros campos no las sienten pasar. Otras penetran por mis oídos y me invitan a unirme a ellas, a cantar...

*Sobre esta cima que el sol oreo,
por techo el cielo, por fondo el mar...*

Regresamos al pueblo, las filas no son tan ordenadas como por la mañana. Estoy cansado y no tengo ganas de otear horizontes. Siento emoción por los árboles que he plantado, por el día que he vivido. Es posible que otro año plante otros árboles, pero éste fue el primero. Allí en Malbazar he dejado algo muy mío que no podré volver a dejar en ningún otro sitio.